

La vida en la estancia transcurría alegre para Alberto, que encontraba ancho campo para sus correrías, y triste para César, a quien la melodía de los atardeceres le hicieron evocar constantemente a Mágina.

Y el deseo de tenerla cerca, de escuchar su voz, de lograr su perdón y recibir sus caricias, imperaron cada vez más en su corazón.

El tenía que verla, que hablarla, que aspirar su aliento y besar sus labios, que reconquistar la dicha que en una mala hora había despreciado.

¿Acaso no podía unirse a Mágina? Ahora reflexionaba; ahora tenía carácter. ¡Oh, sí! ya vería la sociedad si no se rebelaba y echaba por tierra los convencionalismos.

Su pensamiento se convirtió en idea fija. No reparó que apenas hacían dos meses que falleciera Sara, que proceder así implicaba un sacrilegio cometido al recuerdo de la muerta. Buscar a Mágina, encontrarla y reparar el error del pasado, era su pesadilla, y una tarde, después de recomendar al mayordomo la vigilancia de Alberto, abandonó la estancia rumbo a la ciudad.

La noche de su llegada fué al café Colón.

Tenía la intuición de que Mágina había vuelto a su vida de pianista, de orquestas. El taburete estaba ocupado por una mujer morocha. Desilusionado desde la primer tentativa, comenzó a recorrer los cafés más importantes.

Pasó una noche, dos, cinco; todo inútil.

De los cafés de primer orden pasó a los de segundo.

Por ningún lado percibía el rastro de Mágina.

Preguntaba a los mozos por las señas de los pianistas anteriores que habían actuado en las orquestas, y estos, ante la visión de la propina, hacían desfilar en procesión heterogénea rostros y rostros, ni siquiera parecidos al de la mujer que le enseñara a conjugar el verbo amar.

Una tarde, caminando por la Avenida de Mayo, decepcionado, sin esperanzas de encontrar a Mágina, le llamó la atención un café recién abierto; penetró. Los acordes de la orquesta le hicieron evocar la imagen de ella.

Algo había en las voces del piano tan propio de Mágina, que César buscó con los ojos a la pianista. Era ella, la pianista del café Colón.

Cuando la pianista salió a la calle, Videla la esperaba en la esquina.

César se puso a su lado, y juntos, como en sus mejores tiempos, caminaron varias cuadras sin que ninguno atinara a romper el hielo.

Mágina, temblorosa, dichosa en medio de su dolor al estar al lado de él, caminaba apresurada.

César, más tembloroso aún, sin saber cómo empezar a decir lo que tantas veces se repitiera, temiendo que el metal de su voz disipara el encanto, continuaba callado.

De pronto, percatándose recién del paso acelerado de ella, se atrevió a musitar:

—Más despacio, Mágina; quiero hablarte.

Ella pareció no oírle y aceleró el paso.

Así caminaron hasta doblar por San Juan.

César, con la garganta seca, decidióse a hablar, pero Mágina lo interrumpió:

—Un momento; aún no me diga nada.

Quería tratar que él no la hablara hasta llegar a su departamento.

La pianista penetró en un zaguán largo y se detuvo frente a